

1. El sueño de los lagartos

Soy de un país sin nieve y sin frambuesas. Lo que tenemos, en cambio, son lluvias torrenciales y cocos que, cuando llegan los tifones, caen en chaparrón. Sé lo que me digo. De niño solía pasar los veranos en un pueblo, Kangleong, que está en las Bisayas, y me acuerdo de que una mañana muy temprano me despertó el gemido del viento y lo que me pareció una estampida en el bosque: era el sonido de un montón de cocos precipitándose sobre la maleza que almohadillaba el fango, cocos bien maduros que el viento afilado arrancaba de la copa de los árboles. Al alba, corrí hacia la arboleda con los otros niños y recogimos los cocos y, arrastrándolos y moviéndolos a patadas, los llevamos a la choza de la mujer de los *bucayos*,* que nos daba cinco *centavos*** por cada coco de las plantaciones vecinas que lográramos recoger. Nosotros nos quedábamos mirando mientras ella

* Dulce muy popular en Filipinas que se prepara sumergiendo pulpa rallada de coco (*buko*) en agua y añadiendo luego azúcar moreno. (*N. de la T.*)

** En español en el original. (*N. de la T.*)

rallaba la pulpa blanca y la sumergía en un caldero de hierro muy hondo donde iba cocándose a fuego lento la melaza. Eso lo recuerdo bien: las exhalaciones de la tierra mojada y el empalagoso dulzor del coco azucarado. Esa misma mañana, ya más tarde, me acerqué a la costa para ver cuánto habían crecido las aguas; estaban muy crecidas, sí, y feas: su espuma pardusca y sucia rozaba las orillas de Kangleong, y en la playa, al lado de la carretera de la costa, vomitaban troncos ennegrecidos, hojas de palma, pedazos de cuerda y extraños triángulos de plástico.

Era uno de esos días sin sombras de finales de nuestro verano, que empieza en marzo y termina en junio. Daba la impresión de que la lluvia hubiera venido a limpiarlo todo, a exponer todos los objetos en su estado más vívido, con unos colores que, contra el gris del cielo, se volvían todavía más ampulosos. De camino a casa pasé por delante de esa ceiba altísima cuyas ramas más bajas rebasaban la verja de su dueño y llegaban hasta la calle. El suelo estaba lleno de frutos duros; yo sabía que, al abrirlos, dejarían al descubierto una lana algodonosa que sirve para que los chalecos salvavidas floten en el mar. Había descubierto que pelar dos cocos, atarlos y metérselos bajo la axila era mucho más sencillo: los cocos tenían una capacidad de flotación increíble. Los frutos de ceiba eran demasiado aburridos como para interesarme, pero entre ellos había un bulto brillante que resultó ser una cría de murciélago. Era más gris que el cielo, y cuando le plegué las alas me cupo a la perfección en la palma de la mano. La llevé a casa y la metí en un tarro de café, sumergida en alcohol, con la esperanza de poder conservar el cuerpo y el brillo de sus finísimos

pelitos. Todo en vano, descubriría a la semana siguiente, una semana de mañanas todavía más grises y remojadas, durante la cual el murciélago fue volviéndose más oscuro hasta que empezó a desintegrarse. Quise quedarme con los delgados huesecillos, pero mi abuela tiró el tarro; no recuerdo si me entristeció o si, en realidad, no supuso más que un alivio. Ese verano se perdió en mortajas de lluvia todavía más largas y tupidas. No cayeron más cocos. A mediados de junio mi tío consiguió que embarcara en un Air Force C-47 que había parado en la isla de camino a Manila. El avión se movía mucho, y los oídos me dolían tanto que pensar que viajaba con soldados fue lo único que me salvó de ponerme a llorar. Para entretenerme, miraba por la ventana en busca del horizonte. No se veían más que nubes hechas jirones y un mar color de plomo, y entonces apareció la masa color verde intenso de Luzón, con sus llanuras inundadas. Dando bandazos, nos dirigimos a una ciudad azotada por la lluvia.



Ahora, a treinta y seis mil pies sobre el negro Pacífico, pido un café sin azúcar y me rindo al insomnio. Tal vez los ojos se me cierren mientras sobrevolemos Hawái y pase las próximas diez horas sin ver nada hasta despertar en una Manila inundada de un recuerdo que se remonta a hace veinticinco años. Y yo volvería a ser un niño, y mi padre, contando con que yo no llegaría hasta al cabo de una semana, vendría a buscarme al aeropuerto en un *jeep* que habría pedido prestado a toda prisa. Fue Mandoy Imoy, le diría yo: me subió al avión para ahorrarse el pasaje de barco. Qué tontería mandarte en avión con

el tiempo que estaba haciendo, pero en fin, con eso liquido la camisa que iba a mandarle por Navidad, diría tatay. Me lo he pasado bien, le contestaría yo, quería quedarme.

Pero no hace ni dos horas que despegamos de San Francisco. Viajo en un 747, y en las apacibles alturas apenas si se aprecia movimiento alguno. Tengo a un hombre a la derecha, un estadounidense que rondará los cincuenta. Con unas manos que parecen cangrejos rosados, persigue por la bandeja los cacahuetes que se han escapado de su bolsita de papel de plata.

—Es una guerra completamente nueva —me dice con la cerveza en la mano. Se referirá a la guerra comercial contra los japoneses, pienso yo, pero despliega el folleto de una empresa de aviónica que hace publicidad de su sistema de control de misiles—. El piloto puede estar bien muerto, que los pequeñines seguirán volando. Y todo gracias a un componente del tamaño de una uña. ¿Trabaja con ordenadores?

—Procesadores de texto. —La auxiliar de vuelo me trae el café—. *Salamat*.

—¿Qué ha dicho? —me pregunta el hombre.

—*Salamat*. «Gracias» en nuestro idioma. Soy filipino.

—Oh. ¿Y en las islas todo el mundo habla inglés como usted?

—Casi todo el mundo —contesto, aunque no es del todo cierto—. Yo recibí una educación especial —le digo, y parece satisfecho.

—Orientales... Con ustedes cuesta acertar. Japoneses, chinos, vietnamitas. Que me aspen si puedo distinguirlos a simple vista. A mí usted me parece chino chino.

—Mi abuelo tenía sangre china.

—Lo sabía. Algo tenía que haber ahí. Yo tengo algo

de alemán, con un apellido como Weiskopf, w-e-i-s-k-o-p-f. Larry Weiskopf, por cierto. — Me tiende la mano y noto el vigor de su sangre.

—Noel Bulaong. Bu-la-ong.

Noel Ilustre Bulaong: ese es mi nombre, un nombre con las vocales tan separadas que hasta queda espacio para que la gente pase y las lea, las oiga y las pronuncie tan mal como le parezca. Que se entretengan, que a nadie le pesará, a mí, no, desde luego, porque no se trata más que de un nombre, de un sonido de amplitudes mercuriales.

—No-el —continúo—. I-lus-tre-Bu-la-ong.

—Bu-la-ong.

—Sí.

—Y, esto... ¿Vuelve a su país para quedarse o está de vacaciones?

—Todavía no lo sé. Mi padre ha muerto.

—Lo siento.

—Gracias. —Revuelve los papeles, el silencio lo ha puesto nervioso—. Ya era hora de volver a casa, de todos modos. ¿Y usted? —le pregunto.

—Negocios. Estoy colaborando en la puesta en marcha de una fábrica de chips de silicio en... Mactán. ¿Se dice así?

Pienso en islas y en una playa cristalina. Todo lo que cambiaría, todo habría cambiado, como mi padre; incluso mientras vuelo.



En algún momento de ese verano de mi niñez en Kangleong, no recuerdo cuándo, aprendí que al tiempo se lo

podía engañar. Había peinado el pueblo en busca de frutas, sobre todo mangos y papayas verdes abortados por la planta madre, y las había metido en una lata que había contenido galletitas saladas. Eran una preciosidad, miniaturas perfectas de sus hermanos más robustos; tenían una fragancia delicadísima pero muy intensa, característica de su edad y su tamaño. Cuando las mordías, sin embargo, eran amargas: pulpa blanca y dura, nada más, sin rastro de semilla ni de hueso. Sudaban en la lata hasta que empezaban a amarillear, pero seguían sabiendo igual de mal. Mi abuela me enseñó un método de maduración más eficaz. Llevó mis frutas verdes a la cocina, donde bajo los hornillos de barro la ceniza se había acumulado formando una capa que podía cubrir una mano entera, de la punta de los dedos a la muñeca. Abrió un hueco en el polvo compacto y allí enterró las frutitas cubriéndolas con ceniza. Así podrían aprovecharse, me dijo. No crecerían, pero al menos adquirirían cierto dulzor con el tiempo.

Cuando pienso en agua me acuerdo de la letrina y de los peces de Kangleong. Si el baño de la casa en la que me alojaba estaba ocupado, a mí me tocaba andar unos cien metros: cruzaba la calle, atravesaba el bosquecillo de buríes y bambús y seguía hasta un estuario donde, apoyada en pilotes sobre el agua salobre, se alzaba una letrina. Era una estructura extremadamente sencilla: una caja de madera con un agujero en el suelo. Me ponía en cuclillas sobre el agujero y empezaba a soltar. Y entonces sucedía algo asombroso: tres o cuatro peces acudían raudos a ese círculo de visión, vibrando en el agua verdosa como finos puritos azules en cuya punta se viera un resplandor amarillo. Se quedaban rondando

por ahí a la espera de la siguiente miguita, de la siguiente viruta, con ojos y boca completamente absortos, con hambre de mí. Eran más extraños que los *bayawak*, esos lagartos que comían pollos. Los había visto tierra adentro, a la orilla del río, donde no había retretes y ni siquiera letrinas. Los *bayawak* se habían quedado mirándome mientras yo me limpiaba con fibras de coco. Cuando pienso en lo que debí de parecerles a esos animales, me entra la risa.

La última vez que estuve en Kangleong acababa de regresar de mi primer viaje a Estados Unidos. Durante aquella visita —una visita muy agradable en la que me dediqué a disfrutar de cervezas con tíos lejanos y a ofrecer fantasiosas descripciones de la calle 42 y de Atlantic City— llegó a mis manos una fotografía de mi padre de joven. Iba a la moda, con un polo de flores y pantalones anchos de color gris. Parecía un oficinista escalando puestos en la función pública... y debía de serlo. Mi padre tuvo muchos trabajos: agente de policía, inspector de vehículos a motor, administrativo jefe, responsable de distrito electoral. Como mi madre nos dedicaba un álbum de fotos a cada uno teníamos historiales gráficos distintos que se parecían en una cosa: posábamos en el zoo delante de las mismas jirafas y los mismos pavos reales, uno detrás del otro. Mi álbum lo abría una fotografía de tonos chocolate: era mi padre a los pies de una escalera en posición de firmes, sable en mano y vestido con su uniforme de patrullar.

Mi padre decía que se puso a estudiar en la academia de policía de Manila cuando, por falta de dinero, tuvo

que abandonar el curso de ingreso a la facultad de Derecho, y que compartió litera con otro recluta que, al cabo de cuarenta años, se convertiría en general de brigada del cuerpo nacional de policía y en confidente del presidente. Mi padre-policía salió en el periódico una vez durante un motín en la cárcel de la ciudad: un prisionero había tratado de escapar en lo más crudo de la refriega y mi padre le había pegado un tiro en la pierna. Aunque cuando mi padre me contó la historia ya no conservaba el recorte de periódico, le creí a pies juntillas. Era un hombre de gran corazón y con una facilidad para los números y las letras que excedía, en mucho, la media del distrito de Kangleong, un buen hombre que jugaba al ajedrez, leía el *Reader's Digest* y hacía crucigramas en inglés. Hijo del dueño de una granja de cocos, los maestros de la aldea lo adoraban: la intensidad de su ambición y la fuerza de su talento lo distinguieron de los demás, que pasarían el resto de sus días cuidando carabaos y escarbando entre la arena con la marea baja. De esos tíos lejanos míos que, en días señalados, les servían combinados de cerveza, ginebra y Coca-Cola a los invitados especiales, unos invitados que empezaban a tratabillar en cuanto daban un sorbo de *tuba*, esa espuma dulzona de un naranja rosado que, con el tiempo, se convertiría en vinagre de coco.

—Tu tatay —me dijo Mandoy Imoy cuando, esa noche, en Kangleong, me tambaleaba hacia la puerta cogido de su brazo— era un chico listo. ¡Vaya cabeza tenía! Fuimos a la misma escuela, ¿eso te lo contó? Con cinco años, se aprendió de memoria todas las tablas de multiplicar y sabía palabras inglesas que nadie había oído, cosas como, a ver, «fragilístico» o «velosímido».

¿Tú has oído esas palabras alguna vez? Vaya cabeza. Pero de dinero no sabía nada. Tú estás bien, tienes un buen trabajo, viajas al extranjero y tienes la cabeza en su sitio, me parece. Pero tu padre... *ay*,* él tendría que haber ganado su buen dinero. Después de todo, puede que tampoco sea tan listo, ¿eh? Puede que fuera, a ver... fragilístico. ¡Ja, ja, ja!

Tatay había querido ser un hombre de leyes, pero como no lo consiguió, se hizo agente de la ley; agente secreto, con su placa plateada y esmaltada con el escudo del Departamento de Vehículos de Motor prendida en la cartera. Mi hermano y yo nos montábamos con él en los autobuses y los *yipnis*,** y cuando el chófer se acercaba a darnos el billete, mi padre se limitaba a echar mano de la cartera para enseñar la placa, y se diría que, entonces, con un chasquido, esa misma placa le daba un picotazo entre los ojos al chófer, que se alejaba dando tumbos pasillo abajo para atender tareas menos elevadas. Y todo con mucho tacto, sin una sola palabra.

Al cabo de un tiempo, a mi padre lo nombraron administrativo jefe de la sede central del Ministerio de Carreteras gracias a la intercesión del representante de nuestra provincia en la cámara regional, a quien mi padre escribía los discursos. Le dieron una mesa llena de lápices —rojos por un extremo y azules por el otro— y una gran silla giratoria que chirriaba con mucho estrépito cada vez que se movía. Mi padre se compró un

* En español en el original. (*N. de la T.*)

** Pequeños autobuses de transporte público muy populares en Filipinas. Tienen su origen en los antiguos *jeeps* militares que dejaron en el país los estadounidenses. (*N. de la T.*)

maletín de piel muy fina en el que marcó sus iniciales en letras doradas. El representante le regaló un enorme pedazo curvado de mármol —la principal exportación de nuestra provincia— con su nombre grabado en esa caligrafía que se ve en las Biblias antiguas y los diplomas. Todo aquello me parecía imponente, también debía de parecérselo a los fieles de Kangleong que se presentaban ante mi padre, para arrancarle algún favor, con cestos de paja llenos de mangos y huevos y la inevitable petición, formulada con la misma elegancia con la que era recibida: una carta, una llamada, una cita, el apadrinamiento de una boda o un bautizo, una donación para una fiesta, un banderín para el equipo de voleibol.

Todavía se me antojaba más imponente porque, a pesar del vocabulario que empleaba, tatay no había terminado la universidad. Para su honra eterna y su desgracia perpetua, además, se había negado a recurrir a los servicios que en la calle Arlegui ofrecía un tipo que había colgado la carrera de arquitectura: concedía licenciaturas al gusto y sus honorarios incluían, de regalo, una fotografía de alumno, con capa y birrete, retocada a mano. Como ese hombre, mi padre logró sobrevivir a base de ingenio e incluso alcanzó una prosperidad considerable según los parámetros de la aldea: un trabajo en la Administración, un apartamento (sin coche), un televisor, veraneos en Baguio, una familia con niños que en el colegio hablaban un inglés de gramática perfecta y en casa hablaban tagalo, Chesterfields importados de Estados Unidos que entraban al país de contrabando por el sur, un tarro de café instantáneo Maxwell que llevaba años sin abrir a la espera de una visita de relumbrón, un frasco de Chanel N.º 5 para el trigésimo cum-

pleaños de mi madre envuelto en papel de plata, un calendario de Adviento firmado regalo del diputado y su familia, que colgaba radiante de la pared de la cocina, de cara a la litografía de *La Última Cena* del comedor, y una modesta biblioteca: ejemplares del *Reader's Digest* y *LIFE*, un atlas Hammond, un diccionario Webster's Collegiate, novelas de Erle Stanley Gardner, *Matar a un ruiseñor*, *El último mohicano*, la *Current Events Gazette* y un cuadernillo de ejercicios de ajedrez.

—Podrías ser nuestro alcalde y quizá, quién sabe, ¡hasta nuestro gobernador! Tú déjame la estrategia a mí, que yo te llevaré la campaña —me gritó Mandoy Imoy una de las tardes que fui a verlo, mientras se bebía un combinado de cerveza, ginebra y Coca-Cola. Mandoy Imoy, antiguo concejal y primo materno de mi padre, ejerció de alcalde interino de Kangleong durante cinco meses, mientras el alcalde titular estaba en el hospital de Quezón recuperándose de las complicaciones de una perforación de apéndice. Cuando el paciente regresó a la aldea, las pruebas de sus tejemanejes que Mandoy Imoy había logrado reunir le bastaron para convencerlo de que prolongara su convalecencia y se planteara la jubilación en su cómoda casita de mármol y estuco. El alcalde solicitó una prórroga de la excedencia y sopesó sus alternativas. Mandoy Imoy se arrebujo en brazos del cariño del pueblo y coqueteó con la idea de presentar su candidatura en las siguientes elecciones; lo hizo a pesar de su lamentable falta de liquidez y de su caída en desgracia con el PNR, el Partido de la Nueva Rebelión, cuyos miembros, incluso los más oportunistas, observaban un pragmático decoro que, en este caso, deslegitimaba las aspiraciones al poder de Emigdio Bu-

laong: todavía le quedaban deudas por saldar. Hasta aquel momento, las posesiones de Mandoy Imoy se habían limitado a dos carabaos y una cabaña a la sombra de un árbol del pan, pero en las colinas en las que Mandoy Imoy hacía las veces de patriarca vivían más de doscientos Bulaong, y eran sus votos los que habían empujado al alcalde a incluir a un Bulaong en su candidatura. Y así fue como, según los cálculos de mi tío Imoy, me convertí en el heredero natural de su baronía. Nos unía, decía, tanto la sangre como lo privilegiado de nuestras experiencias: ambos habíamos viajado, algo que ni siquiera mi padre había hecho.

Esa era una de las leyendas más imperecederas de Kangleong: el relato de cómo, en los años treinta, el bachiller Emigdio embarcó de polizón en un vapor transoceánico que había atracado en el puerto de Tigbauan para guarecerse de un tifón terrible.

—Les vendía cocos y pollos vivos —decía—, remaba en plena tormenta para hacer fortuna. Pensaba que serían americanos o españoles. Aunque vi algunos negros, casi todos los marineros eran blancos, algunos con una mata de pelo pelirrojo como la de ese protestante McDonnell, el que daba clase de matemáticas en el instituto del distrito y que una vez me pegó un porrazo en la cabeza. Creyó que estaba copiando, puede que sí; pero no soportaba que nadie se riera de mí, así que esperé a que terminaran las clases y extendí una fina capa de melaza en su sillín, quedó todo marrón y él, sin ver nada, y mientras se alejaba pedaleando todos se pusieron a gritar «¡Mierda, mierda, mierda!»...

»En fin. En el barco había un sacerdote, pero no entendía ni una palabra de lo que decía, ni siquiera sabía de

qué religión sería, lo único que sé es que llevaba un alzacuellos y un crucifijo de plata colgado de una cadena y que hablaba con voz muy débil, como si llevara una semana sin comer, ¡y vete tú a saber si no sería verdad! No eran americanos y tampoco españoles, y ofrecían dinero por las cosas, pero se trataba de un dinero que no había visto hasta entonces, un dinero muy bonito, con galeones y jinetes en rojo y púrpura grabados en los billetes, y las cantidades estaban escritas en un idioma extraño, uno con muchas uves y haches, pero los números podía leerlos, diantres, que tonto no era. Se trataba de cantidades altísimas, seguro que en algún lado, en Santa Prisca, tal vez, y en Manila sin duda, habría un banco importante cuyos empleados conocerían todas las divisas del mundo y seguro que tendrían muestras o fotografías en algún archivo, al menos, para poder cotejar mi alijo.

»Me di cuenta entonces de que podía asegurarme el futuro. Decidí vender la barca, la cabaña, todo, para comprar un billete a Manila, donde cambiaría aquellas divisas y me dedicaría al negocio de la alimentación en los bulevares, donde a mi hermanastro (tu *tío** Torio) le iba muy bien con su puesto de fruta. Pero entonces, mientras abría cocos para los forasteros, pensé “A la mierda el billete, valiente hijo de tu madre, si estás aquí mismo, no dejes que zarpen sin ti”, y no lo hice. Me reservé un pollo y, con la excusa de poder enseñar mis artículos por el barco, me perdí por la sala de máquinas, en un rincón oscuro pero muy calentito, y me quedé escondido hasta que, a los dos días, el barco empezó a moverse.

»No me habrían descubierto nunca, pero con los mo-

* En español en el original. (*N. de la T.*)

tores en marcha el calor se hizo insoportable, tanto que mi pollo, que para entonces ya estaba muerto, claro, empezó a chisporrotear cuando lo pegué a la pared de chapa. Casi me ahogo con el humo que soltaban las plumas. Traté de apartar la humareda con los billetes que tenía, pero con el sudor del pecho y las manos estaban todos blandos y no servían. El caso, además, es que el hollín que se desprendía de las tuberías y del pollo achicharrado los estaba ennegreciendo. Y en esas estaba, eh, vaya olor, vaya festín, vaya pollo... cuando me descubrieron por culpa del pollo, los estaba volviendo a todos locos bajo cubierta, pero para entonces, ya me había comido toda la carne y mordisqueaba las garritas. Se pusieron furiosos, pero a esas alturas ya nos habíamos alejado de este estúpido país. Yo estaba convencido de que pronto llegaríamos a América o a Francia o allí de donde hubieran venido, del otro lado del Pacífico.

—Eres un mentiroso, Mandoy —dije mientras le llenaba el vaso y mis otros tíos sonreían, burlones, con la mirada puesta en las nubes y en caracolas vacías y en el barro seco que tenían entre los dedos de los pies.

—Como decía —continuó Mandoy Imoy—, como estaba diciendo, iba para América. Eso era lo que yo quería, pensaba yo, pero no, eso no pasaría y, ay, el chasco todavía me duele, sobre todo ahora que te veo a ti, que eres motivo de orgullo y de envidia. Vaya dedos más afortunados los tuyos, cuántos pellizcos les habrán dado a unos pezones rosados. Y, con franqueza, dime, ¿de qué color tenían el pelo de...?

Rojo. Rojo, habría dicho, eso es lo que debería haber dicho, pero por cómo me lo contaban, nunca era rojo. Decían «Rojo, Jenny tiene el pelo rojo», pero luego yo

miraba y veía tonalidades de caramelo y paja, hasta de mermelada, pero nunca el auténtico rojo globular que invadía los corales y las calas, nunca el rojo chino, impermeable y vital de ciertas arcillas. El pelo de Jenny era rojo en la acepción estadounidense de la palabra, pero ella se negaba a que la llamaran pelirroja, decía que en la jerga de las novelas, significaba prostituta o adúltera. Yo le decía que el rojo me gustaba, que, según mis amigos, ese color iba bien con el de mi piel, pero nos referíamos a colores completamente distintos.

—Azul —le dije a Mandoy Imoy para no robarle esa feliz ensoñación—. Azul.

—Ese no existe, ahora no me tomes por tonto, que yo he visto fotos de las chicas en América...

—América no existe, estaba tomándote el pelo, en mis viajes nunca he pasado de Mandaluyong. Te he mentado, lo siento. —Me eché a reír, pero Mandoy Imoy frunció el ceño y escupió.

—Entonces no puedes ser alcalde —me dijo—. Necesitas más experiencia.

Cinco meses después de hacerse con la alcaldía, Mandoy Imoy restituyó el cargo al alcalde titular. Se celebró una pequeña ceremonia en la escalinata del ayuntamiento y luego Mandoy Imoy se retiró al paseo marítimo, a su nuevo *bungalow* de bloques de hormigón huecos. Y fue allí, en el patio trasero, donde bebimos y conversamos.

—Atracamos en Japón. Yokohama. Allí desembarqué. Conocí a una chica. Al principio teníamos problemas con el idioma, pero nos llevábamos bien. Viví con ella un año entero, casi, hasta que apareció un barco de camino a Filipinas.

—¿Y por qué te fuiste de Japón?

—Tenía ambiciones. Quería ser alguien. En Yokohama pescaba caballa amarilla.

Un par de veces le pregunté a mi padre qué había hecho durante la guerra y él me lo contó. Tan solo un chico por aquel entonces, había tenido que vigilar la costa manteniéndose alerta ante las flotas camufladas de acorazados y portaaviones que pudieran avanzar por la noche; nunca apareció ninguna, nunca llegó a verlas, pero le preocupaba la posibilidad de que, a saber cuándo, quizá mientras pensaba en mi madre, que estaba estudiando en Manila y con la que todavía no se había casado, un acorazado se le hubiera pasado por alto. Por lo que yo sé, Kangleong solo fue escenario de un accidentado encuentro con la guerra: el piloto de un Zero que había caído abatido sobre el canal de Calauit saltó en paracaídas y aterrizó en los guanábanos que crecían detrás del edificio de Economía Doméstica.

—El japonés del que me acordaba bastó para entreternerlo —me dijo Mandoy Imoy del paracaidista—. Me contó que tenía veintidós años y que era de Kasumigaseki, y yo me quedé de piedra, porque el lugar ese estaba pegado a Yokohama, pegado como un pelo de la nariz a un moco. Pero al final se lo llevaron y, tras discutir un rato, porque querían darle un poco de papaya que él rechazaba con el pretexto de que estaba lleno, lo fusilaron. Hicieron falta tres disparos para matarlo. Solo teníamos un arma, y para decidir quién lo ejecutaría se organizó una votación. Koichi, creo que se llamaba, no se enteró de nada, porque estaba demasiado ocupado hablando conmigo, y yo tampoco me enteré de nada hasta que lo condujeron a los arbustos, donde le hicie-

ron desnudarse y se rieron de sus calzoncillos, si es que a eso se le podía llamar calzoncillos, eran de lo más raro, y entonces sí que debió de entenderlo todo, porque empezó a temblar y a pegar saltos y a cagarse y a hablar tan deprisa que no podía traducirlo de lo malo que era mi japonés. *Kami, kami...* Me pregunté por qué se preocuparía tanto por el «pelo», a no ser que fuera porque iba afeitado. A veces todavía me lo pregunto. Dime, genial sobrino y compañero de fabulaciones, ¿qué tendría el pelo de extraordinario?

—Pues bien, Mandoy, creo que es lo último que desaparece cuando morimos, huesos aparte, claro está. En realidad, se pega a los huesos, al cráneo cuando el cuero cabelludo se seca, se diría que sale de lo más profundo del cerebro. Es increíblemente resistente.

En el verano que pasé en Kangleong subí a Guinobatán a visitar la tumba de mi abuela materna. Mi abuelo había muerto un año antes de que yo naciera, y de él quedaban pocas fotografías, fotografías que no descubrí hasta al cabo de mucho tiempo, cuando ya era lo bastante alto y lo bastante decidido como para revolver entre los papeles del antiguo molino de arroz, del que siempre me habían mantenido alejado las serpientes que, según decían, anidaban sobre los tanques de arroz. Eran inofensivas, lo único que hacían era cazar ratones, me contaban, por eso las tenían ahí, pero yo ya había oído tantas historias de brujería y de monstruos que no me fiaba. Del dentista de Guinobatán, por ejemplo, se decía que venía de una estirpe de cocodrilos que vivía en la laguna, justo pasados los confines de la aldea. La laguna la habían secado para

construir una estación de autobuses que tenían que cubrir el norte de la isla, pero la empresa fracasó y la estación quedó llena de hierbajos y moho, decían que se habían visto tortugas arrastrándose bajo la tarima de la sala de espera. Mis tíos también me habían dicho que, si me fijaba bien, vería la cara de mi abuelo por una ventanita de cristal que habían abierto en el lateral de una caja de hormigón que asomaba sobre el suelo y en la que habían metido su ataúd. Yo nunca había visto una tumba con ventana, y mi abuelo llevaba once años muerto. La curiosidad se impuso a mi incredulidad y me dispuse a marchar colina arriba, hacia el cementerio, para buscar a Lolo Selmo, joyero en su juventud, según decían. De camino, me pregunté si habrían abierto un hueco en el sepulcro de Lolo Selmo para ver si se había tragado a escondidas algunas de sus gemas o de sus metales preciosos.

Me costó un buen rato dar con ella. La hierba seca me hacía cortes en la espinilla, y por las lindes del cementerio gimoteaba un perro grande y negro con orejas como de murciélago. También me distrajeron unos arbustos cargados de semillas ovoides rojas y negras, ojos de bruja, las llaman, que no sirven para nada más que para pasar un buen rato: los niños las recogían a puñados y las guardaban en casa, en cuencos de madera, y cuando no tenían nada que hacer, las miraban y las movían entre sus dedos. Yo estaba convencido de que eran venenosas, de otro modo los pájaros se las habrían comido, pero me preguntaba cómo lo sabrían, cómo podría su memoria guardar y transmitir, de generación en generación, las coordenadas exactas del peligro, las consecuencias de no poder volver a volar por falta de elemental inteligencia aviar. Tiré de unas pocas semillas y, del tallo, pasaron a

mis manos; levanté los ojos hacia los cuervos que, como flechas, volaban entre los cocoteros y les arrojé las semillas. Nada importaba, nada cambiaba. Me encaramé a una tumba —una nueva, el cemento de la boca todavía conservaba la superficie rizada del paño del albañil— y me apoyé en uno de los dos ángeles de mármol que montaban guardia a lado y lado de la cruz. Me quedé ahí, con la pierna colgando y golpeteando el flanco de la tumba, saboreando la brisa y ese levisimo olor a estiércol que esparcía por la isla. Y pensé que cuando muriera me gustaría tener caballitos de mármol en la cabeza, de varios colores y en posturas diversas.

Había mármol en abundancia y era barato. Ya había visto la isla de Tigbauan, al otro lado del canal, donde estaba la capital, Santa Prisca. La isla descollaba sobre el agua como un diente cariado, con uno de sus lados completamente corroído. Todo era mármol, y durante generaciones sus habitantes habían ido socavando la roca que quedaba bajo sus pies. Los empleados de Marblex cercenaban la ladera de la colina con sierras refrigeradas con agua y, con complejísimos sistemas de rampas y poleas, trasladaban los bloques humeantes hasta los camiones que los dejaban en los barcos del puerto.

Esos bloques, me habían contado, los cortarían luego en placas. Unas, la mayoría, terminarían en el distrito financiero de Manila, pavimentando los suelos y revisitando las paredes de los bancos; otras servirían para restaurar estatuas en alguna iglesia —en una iglesia de las grandes, con serafines recubiertos de pan de oro en los techos, columnas en espiral y puertas de maderas nobles—, y otras más les llegarían a los lapidarios que en sus talleres, pegados a las iglesias como los vendedo-

res de flores y de candelabros, ahogaban los avemarías y los kirieleisones con sus fresas eléctricas, afanándose con estridencia para entregar a tiempo.

La cosecha de la corporación satisfacía a todos esos clientes, pero otros cachos del mármol del Tigbauan, esos más pequeños, mantenían con vida a las familias de la isla, sobre todo a aquellas que habían perdido sus granjas y animales. Esas familias habían convertido sus salas y patios traseros en talleres en los que, provistos de lijas y cinceles que se habían fabricado con amortiguadores de ballesta, hacían gansos y falos de mármol, llaveros con forma de garra de gato, taciturnas Vírgenes, fruteros, jarrones y placas como la de mi padre: «Ciriaco Díaz, Lic. Dcho., Abogado», «Mons. Woodrow Macabuhay, s. v. D.», «Juhn-Juhn Pantaleón, Responsable, sección de archivos, M. O. P.».

Fui saltando sobre las lápidas en busca del nombre de Lolo Selmo hasta que lo encontré en la esquina oriental del cementerio, sobre una placa de mármol clavada a un sarcófago castigado por la intemperie: «Anselmo R. Ilustre, 21 dic. 1877-9 oct. 1952». Ese era el nombre castellano que se había hecho suyo por razones poco claras: por negocios, tal vez, o para adecuarse a la legislación o, sencillamente, para librarse de las extravagantes desventuras reservadas a los mercaderes chinos. Su padre, que venía de Amoy, dirigía una pequeña flota de veleros que navegaban entre las islas cargados con mármol, azúcar, paños y arroz. Nunca vi ninguno de aquellos barcos, y mi madre, la pequeña de once hermanos, tampoco; se contaba que una tormenta en alta mar los hundió, pero aquello se me antojaba demasiado fantasioso como para poder creerlo. Debían de haberlos vendido a cambio de algún terreno o para

saldar deudas de juego, posibilidad nada desdeñable teniendo en cuenta las horas que mis tías y mis tíos y también mi madre, cuando más sola estaba, les habrían dedicado a las fichas de *mahjong*, tantas como para poder llegar a adivinar sus dibujos en el marfil por el simple tacto, sin mirarlas —cañas de bambú y números, bolas y flores, vientos, cercados, puntos, pájaros—, mientras el molino de arroz tronaba al fondo dándole vueltas al grano.

La ventanita estaba del lado de la cabeza, cerca del suelo; la mugre había empañado las dos caras del grueso cristal verdoso, pero me arrodillé en el suelo, ajusté la postura al ángulo de la luz y confirmé la historia de mi tío: vi el cráneo de mi abuelo sobre su consumida almohada, sus dientes largos y desnudos, el hueso surcado de dibujos, paisajes lunares negros y amarillos, la Gran Muralla china recorriendo las cuencas y el matorral plateado que era su pelo: un fino cabello hirsuto que, igual que un aura, despedía luz sobre la frente y a su alrededor, rampante, resplandeciente, indestructible. Del resto de su cuerpo no pude ver nada a través del cristal, tan solo el cuello abrochado del traje de lino color crema; la *americana cerrada** que ya debía de llevar veinte años pasada de moda cuando él falleció. Él nunca había visto el rayón, el tejido que yo llevaba, que era elástico y picaba pero solía presentarse en los colores y los motivos más chillones; el rayón me amarraba a los Beatles, *She loves you yeah yeah yeah...* Me acordé de los trajes azul cielo en los que los Beatles retozaban y cuya elasticidad tan solo podía deberse al rayón. De cuello para abajo, mi abuelo era puro lino ennegrecido.

* En español en el original. (N. de la T.)